

# *El nacionalismo en el Tercer Mundo*

*Juan Abugattas*

## **INTRODUCCION**

Hay, en cada época, verdades evidentes que se prefieren ignorar. En la nuestra, una de esas verdades es que la división territorial del mundo es producto del azar y de la pugna de intereses, y que nada hay necesario o inherente en ella. Así, real o supuestamente ignorantes, concebimos las fronteras y actuamos frente a ellas como si fueran límites sagrados, linderos fijados por poderes semi-divinos de manera definitiva.

Algunos, los menos, ciertamente se benefician con el carácter sagrado de los límites. Pero la miseria de las mayorías y su sometimiento a formas cada vez peores de explotación y opresión se deben, en parte, al mantenimiento del orden geo-político vigente, que implica un encasillamiento de la población en naciones y en imperios nacionales.

No es nada nuevo que las gentes sientan que pertenecen a un grupo humano particular, al que imaginan específico y distinto de todos los demás; ni es novedoso, tampoco, que se crean ligadas por naturaleza a un trozo de tierra que es por lo general, aun-

que no siempre, aquél en el que nacieron. Lo nuevo reside en que, por primera vez en la historia, esas pasiones han tomado una forma exacerbada en los últimos siglos, como sentimiento nacionalista, y se han convertido en una de las principales causas de los males de la humanidad y en el principal vehículo para su perpetuación.

Muchas veces en el pasado se denunciaron el particularismo y el provincianismo, lo que simplificando, podríamos llamar el "exclusivismo", como formas dañinas para el pensamiento y la conducta. Muchas veces se manifestó el deseo de crear una comunidad humana en la que conviviesen en armonía todos los grupos, sectas y tribus. Pero esta intención nunca llegó a ser, como sí lo es hoy, una necesidad apremiante e inmediata. Es sobre la base de esta convicción y como parte de un intento de análisis que hemos creído conveniente examinar el papel histórico-político real desempeñado por el nacionalismo en los países del Tercer Mundo. Para ello, trataremos primero de describir las distintas

funciones que éste ha desempeñado en el pasado y luego intentaremos definir el papel que debe cumplir en el futuro, en el marco de las crecientes presiones para definir el orden político y económico del mundo.

### **A/ El significado y las características del nacionalismo**

Antes de iniciar nuestro análisis, es necesario esclarecer dos asuntos preliminares. En primer lugar, debemos definir de la manera más precisa posible el significado de las palabras "nacionalismo" y "nación", pero evitando caer en las viejas y más bien confusas controversias que se han suscitado en torno a estos términos. Para los fines de este ensayo, emplearemos los términos en el sentido que se les da en la literatura política europea desde la Revolución Francesa. Por "nacionalismo", en consecuencia, entendemos la doctrina según la cual las gentes que ocupan un territorio y que pertenecen a un grupo étnico, lingüístico o religioso medianamente homogéneo tienen el derecho a establecer un estado independiente. Esta noción de "nacionalidad" debe ser distinguida de lo que M. Albertine ha llamado "nacionalidades espontáneas"<sup>1</sup> (*nationalite spontanée*), calificativo que se aplica a grupos humanos que poseen sus propias características religiosas, lingüísticas o étnicas, sin que por ello se consideren con derecho a establecer comunidades políticas distintas. El nacionalismo, por lo tanto, implica la creencia de que la posesión de determinadas características por parte de un grupo entraña el derecho de éste a la autodeterminación.<sup>2</sup> Por ello, el nacionalismo resulta incomprensible desligado de la teoría de "soberanía popular" sobre la que se basa el pensamiento político de la Europa moderna. El derecho de un pueblo a constituirse en nación se expresa, esencialmente, como su derecho a constituir un gobierno independiente y una autoridad estatal que determine su destino colectivo. No es sin razón, pues, que Albertine y, más recientemente, S. Amin,<sup>3</sup> han hecho hincapié en la importancia del proceso de centralización del poder como condición previa para el desarrollo de las naciones. Albertine llegó incluso a identificar el nacionalismo con la ideología particular "del estado centralista burocrático".<sup>4</sup>

Nuestro propósito en este ensayo es, pues, examinar los problemas generados en el Tercer Mundo por los intentos de crear "naciones", en el sentido señalado. Sólo en este contexto puede plantearse el segundo asunto preliminar. Las condiciones que han precedido al proceso de formación o de constitución de naciones del Tercer Mundo no han sido las mismas para todas. En algunas áreas, ha existido durante siglos algo muy similar a las naciones modernas; en otras, varias décadas y hasta centurias de dominación imperialista han amalgamado y mezclado diversas "nacionalidades espontáneas" y, finalmente, en otras, no ha habido ni una tradición de nacionalidad, ni "nacionalidades espontáneas" a partir de las cuales pudiese iniciarse el proceso. Sería un grave error, por lo tanto, analizar la formación de las naciones en el Tercer Mundo como un proceso único y homogéneo. Hay, sin embargo, un elemento común a todas ellas. Nos referimos al hecho de que, en casi todos los casos, los intentos de crear naciones aparecen unidos inseparablemente al desarrollo de las luchas anti-imperialistas. Pero, por razones que veremos más adelante, creemos que, a pesar de esta relación íntima, es necesario distinguir ambos procesos. La tendencia a confundirlos es probablemente uno de los defectos principales de los estudios existentes sobre el proceso que se ha dado en llamar de "liberación nacional". La definición precisa de cada uno de estos fenómenos y de sus antecedentes y características peculiares es uno de los objetivos de este breve estudio.

Pasemos ahora a señalar algunos de los elementos del nacionalismo que necesariamente juegan un rol político crucial en cualquier intento de crear una nación. La principal preocupación del nacionalismo es conseguir un alto grado de homogeneidad en la composición de la población del país. Allí donde no exista esa homogeneidad, es necesario crearla. Históricamente, esta unidad puede lograrse en diversos niveles y en distintas dimensiones de la existencia humana. En algunas ocasiones lo que prima es la dimensión cultural, y en otras la racial o la religiosa. Son los grupos dirigentes de la sociedad quienes determinan cual de estas dimensiones es la determinante. Por ahora no es

menester que ahondemos más en el análisis de estos factores. Lo que nos interesa señalar es que ninguna de estas dimensiones particulares puede ser considerada como el único factor para definir la nacionalidad, pues ésta requiere en efecto una homogeneidad general, pero no un tipo único.

Es debido justamente a esa supuesta necesidad que el nacionalismo contiene en sí la semilla de la intolerancia contra cualquier forma de pluralismo. La tolerancia que se podrá practicar en este contexto será siempre limitada, pues excluirá aquellas formas que no correspondan al patrón nacional determinado. Así, en algunas circunstancias, los nacionalistas pueden aceptar la tolerancia religiosa, pero mantienen su oposición radical al pluralismo racial o lingüístico. La historia reciente está llena de ejemplos que podrían ilustrar esto.

El rechazo al pluralismo tiene dos formas diferentes y opuestas. Por un lado, implica un principio de unidad que, en casos como el de Europa, permite la formación de unidades políticas y económicas poderosas. Pero, de otro lado, el nacionalismo se manifiesta como un principio de demarcación, pues postula la existencia de diferencias fundamentales entre los grupos humanos. Este último elemento es fundamental, ya que de él parten las concepciones nacionalistas sobre las relaciones internacionales. Si partimos de la premisa de que existen diferencias sustanciales entre las naciones, la conclusión necesaria será que toda similitud entre ellas sólo podrá ser de carácter formal. Esto, a nuestro parecer, es la base ideológica real que explica el carácter contractualista del derecho internacional actual. Las naciones se perciben como iguales sólo en la medida en que pueden actuar como partes de un contrato, lo cual da un valor determinante a la capacidad de las naciones para expresar y hacer valer sus voluntades. Aquella que carezca de esta capacidad, no puede actuar como socio, y, por lo tanto, corre el riesgo de ser ignorada o sometida. En este sentido, la concepción fascista de las relaciones internacionales no es sino una forma explícita de los principios implícitos en el nacionalismo.

Para nuestros propósitos, sin embargo, resulta más importante la luz que esto

arroja sobre la naturaleza real del anti-imperialismo. Uno de los indicios más claros de que los luchadores anti-imperialistas del Tercer Mundo, tanto los de antaño como los de hoy, han operado dentro del marco conceptual elaborado por los europeos, es precisamente el que hayan concebido sus luchas como "luchas de liberación nacional". El objetivo implícito de éstas era conseguir un status en el cual la "nación" de los liberadores pudiese tratar de igual a igual con la "nación" de los colonizadores. De este modo, los luchadores anti-imperialistas comparten la visión del mundo de los dominadores, es decir, la de un mundo de naciones, y, según veremos, lejos de tratar de superar esta visión, sus acciones han contribuido a consolidarla. En aquellos lugares en los que no ha existido una nacionalidad desde los tiempos precoloniales, los intentos por crearla y, en consecuencia, por unificar la población, tenían que conducir a formas brutales de opresión interna. Así ha sucedido en muchos países africanos y en varios países latinoamericanos, particularmente en los de la región andina. En los lugares en los que existía alguna forma de nacionalidad antes de la colonia, la formación de nuevas naciones condujo, casi sin excepción, al renacimiento de viejas y ancestrales rivalidades. Ese ha sido el trágico destino de muchos pueblos asiáticos, como en el caso de Indochina, cuyas terribles guerras son el más reciente ejemplo.

Más adelante analizaremos en detalle estos asuntos. Concentrémonos ahora en el segundo elemento constitutivo del nacionalismo: el centralismo. Como hemos visto, el postulado central de la ideología nacionalista es que un pueblo, en la medida en que se reconoce como tal, tiene el derecho a determinar su propio futuro. Para lograr este objetivo, un pueblo, es decir, los miembros de una "nación", debe estar en condiciones de expresar su voluntad en forma unánime. Esto debe manifestarse, en última instancia, en la constitución de una estructura gubernamental capaz de reflejar los intereses comunes y de promoverlos. El nacionalismo conduce, de este modo, a una centralización del poder. Esto es precisamente lo que ha permitido la vinculación del nacionalismo con todas y cada una de las doctrinas de la soberanía po-

pular. Resaltamos que se trata de todas en general, porque no creemos que el nacionalismo requiera una doctrina particular de la soberanía, ni una forma específica de gobierno para aplicar sus principios. Por ello, no estamos de acuerdo con la definición que propone Albertine del nacionalismo como "la ideología de la burocracia centralizada". Un gobierno o estado perfectamente "democrático", "representativo" y "no-burocrático", es compatible con el nacionalismo. Más aún, tal estado, en la medida en que cuente con el consentimiento de sus miembros, puede llevar a cabo la unificación de la nación de manera más fácil y efectiva. Esta peculiaridad de los gobiernos de mayorías es, justamente, lo que llevó a Tocqueville y J.S. Mili a hablar del peligro de una "tiranía de las mayorías". Por lo demás, hay innumerables formas de centralismo burocrático que no van acompañadas de nada ideológicamente análogo a lo que hemos estado llamando nacionalismo. El caso más notable es el del Imperio Romano. Podemos concluir, pues, que por sí misma la centralización del poder no genera una "nación", pues se requieren además esfuerzos sistemáticos para unificar la población. Una formación socio-política heterogénea en su composición, independientemente del grado de centralización que posea, no es una nación. Si los romanos hubiesen estado interesados en convertir su imperio en una nación, tendrían que haber emprendido una campaña de romanización. Esto implicaba algo más que simplemente imponer el latín como lengua común, ya que la necesidad que los miembros de una nación sienten de comunicarse entre sí es de una naturaleza profunda que no debe ser confundida con las preocupaciones e intereses ocasionales que hacen que los extraños quieran comunicarse entre sí en determinados momentos. Una "lengua nacional" no es concebida como un mero instrumento de comunicación, sino como elemento constitutivo de la "nacionalidad" de un pueblo. Lo mismo puede afirmarse respecto de la religión, cuando aparece muy vinculada a éste.

Esta peculiaridad del centralismo nacionalista es consecuencia de la teoría de la soberanía popular y es lo que da al nacionalismo cierto matiz democrático. Una nación debe sustentarse en la suposición de que to-

dos sus miembros son iguales,<sup>5</sup> ya que la creencia de que todos constituyen parte de un solo cuerpo social implica, desde el punto de vista nacionalista, que existe una similitud esencial entre ellos. Ciertamente, la igualdad que demanda el nacionalismo no tiene que ser una igualdad real, ni en términos políticos, ni en términos sociales o económicos. Las exigencias del nacionalismo se satisfacen con una igualdad formal, es decir, legal. Esto hace que el nacionalismo sea perfectamente compatible con los órdenes sociales y económicos basados en la desigualdad y en la jerarquización, tales como el capitalismo y la dictadura tecnoburocrática. Uno de los principios del nacionalismo es suponer que los miembros de una nación pueden sustituir, y a la vez satisfacer, su deseo de desarrollo personal por la esperanza de lograr el "bienestar" nacional. De este modo, los pobres y los miserables con vocación patriótica pueden consolarse con la riqueza de sus naciones y el ciudadano puede sentirse satisfecho con sólo elegir a sus representantes. En principio, el hecho de que otros gocen de la riqueza o de que otros ejerzan el poder no debería afectar su realización personal.

## **B/ Las funciones del nacionalismo en el Tercer Mundo**

Luego de haber mencionado algunas de las características del nacionalismo, estamos ahora en condiciones de considerar los diversos papeles que ha desempeñado este concepto occidental en el Tercer Mundo. Antes de hacerlo, sin embargo, deberíamos quizás intentar responder a una pregunta por el historiador Elie Kedourie,<sup>6</sup> y que él considera, con razón, crucial para la comprensión de todo lo relacionado con el nacionalismo en esta parte del mundo: ¿cuáles son las causas por las que ha sido tan atractivo?

La respuesta debe buscarse en las condiciones que prevalecían en las zonas en que el nacionalismo fue aceptado desde el principio. El hecho de que el fervor nacionalista europeo haya alcanzado una de sus cimas en el momento en que apareció el anticolonialismo en América, como señala Kedourie, no nos parece un indicador concluyente. Dejando de lado lo imitativas y poco imaginativas que pudieran haber sido las elites de

las colonias, es evidente que su conducta política y su ideología tenían que reflejar hasta cierto punto sus intereses específicos para poder ser efectivas en el medio en el que actuaban. Esto es, justamente, lo que caracteriza una ideología y lo que la distingue de lo que, en efecto, no son sino modas o tendencias pasajeras del pensamiento. Es sólo descubriendo los verdaderos móviles de los líderes de los movimientos de independencia y anti-colonialistas que podremos llegar a comprender por qué les era atractivo el nacionalismo.

La tesis de Kedourie sólo explica por qué las capas aculturadas del mundo colonial estaban abiertas a las influencias ideológicas europeas, pero no por qué adoptaron esa forma ideológica peculiar que es el nacionalismo. Aun admitiendo, como quiere Kedourie, que todas las estructuras culturales y sociales tradicionales de las sociedades colonizadas habían sido barridas y que los nativos aceptaban como un hecho la superioridad de los hábitos y de las ideas metropolitanas, no se puede deducir necesariamente que los nativos tuvieran que aceptar todos y cada una de éstos. La destrucción de una cultura priva a sus miembros de un marco de referencia que les permita percibir el mundo de una manera original, sin duda. Pero ese hecho no altera en sí las necesidades de esas personas, que ahora simplemente deberán ser expresadas por medio de conceptos ajenos. Sin embargo, solamente algunos de éstos, entre los muchos que podrían emplearse, resultan adecuados para la expresión. Por ello, uno de los problemas que surge al investigar las peculiaridades del Tercer Mundo es descubrir por qué una determinada doctrina fue elegida en cierto momento y en qué medida expresaba las necesidades de los dominados.

Pero por otro lado, la crítica que formula Kedourie a las teorías clásicas del imperialismo no solamente resulta sugestiva, sino que también es reveladora. De sus comentarios se deduce la necesidad de reexaminar el fenómeno de la colonización desde la perspectiva de los intereses y las motivaciones reales de los poderes coloniales, prestando especial atención al papel desempeñado por las rivalidades nacionales que, con razón, él considera una variable independiente en la determinación de la política internacional de

los gobiernos. Kedourie acierta al rechazar como extremadamente limitado y unilateral el economicismo del que están impregnadas la mayor parte de las teorías actuales sobre el imperialismo, cuyas deficiencias y contradicciones señala con lucidez.<sup>7</sup> Este es, sin embargo, un asunto que escapa a nuestras preocupaciones actuales.

Creemos que el atractivo que ejerció el nacionalismo debe ser explicado en virtud de varios factores concomitantes, uno de los cuales es el carácter revolucionario que tuvieron sus primeras manifestaciones en Europa. Al carecer de medios propios de expresión ideológica, las gentes del mundo colonial y dependiente tuvieron que formular su descontento con la metrópoli a través de los instrumentos de crítica y oposición que habían surgido en los sectores disidentes de la misma metrópoli. La doctrina nacionalista fue, en su momento, un modo de oposición, de la misma forma que lo es hoy, o lo fue hasta hace poco, el marxismo-leninismo.<sup>8</sup> Al igual que los miembros más progresistas y lúcidos de la metrópoli, los primeros libertadores y anti-colonialistas soñaron con crear un mundo de naciones, en el que cada una de las cuales tendría su propio estado soberano e independiente. Su objetivo, no obstante, no era simplemente dar a sus pueblos el derecho a la autodeterminación, sino asegurarse para sí el control del aparato del estado que el ejercicio de esa autodeterminación generaría. El control del estado significaba para ellos el dominio de todos los mecanismos del poder, económicos, sociales y políticos. La prueba más clara de que ésta era y es, en efecto, la aspiración de muchos de los que dirigen los movimientos de liberación nacional, es que cuando consiguen tener el poder de "sus naciones", olvidan todas las formas de "internacionalismo" que, por razones políticas, han mantenido durante el período de enfrentamiento con la potencia colonialista. Así sucedió en América Latina, donde el americanismo bolivariano fue rápidamente sustituido por el particularismo nacional. El destino del pan-africanismo y la devoción enfermiza por la "integridad territorial" que poseen los líderes de esta área constituyen un caso similar. Pero, sin duda, el ejemplo más trágico y más reciente es la ridícula rapidez con

que el "internacionalismo proletario" de los marxistas-leninistas de Indochina se ha convertido en un brutal chauvinismo.

Podría hacerse una objeción, a estas alturas, a nuestra tesis. Ya que, si la finalidad de las capas dirigentes que encabezan algunos de los movimientos de liberación en el Tercer Mundo es la formación de naciones soberanas que ellos puedan controlar, es evidente que debían procurar que sus naciones fuesen muy poderosas, pues así sería mayor su propio poder. Y, en efecto, como lo demuestra su lírica aceptación de las diversas formas de internacionalismo, así lo entendieron las capas dirigentes del Tercer Mundo. No es, pues, por ignorancia que abandonan el internacionalismo, sino por el temor que nace de un cálculo agudo de intereses y posibilidades. El establecimiento de un ente panamericano o pan-africano tiene muchas desventajas desde el punto de vista de las elites regionales del Tercer Mundo, la peor de las cuales es que la creación de una autoridad continental podría afectar de inmediato el poder y la influencia de las capas dirigentes regionales. Estas, como es bien sabido, surgieron o como resultado de las políticas administrativas o económicas de la metrópoli, como el caso de los criollos americanos o de las capas europeizadas del Africa, o eran remanentes de las antiguas clases gobernantes, más o menos transformadas por la experiencia colonial, pero aún conscientes de su identidad de clase. Los intereses sociales y económicos de estos grupos están vinculados a un territorio que ha sido definido y delimitado por el poder colonial o proviene de los tiempos pre-coloniales. Es sobre esos territorios que las elites quieren consolidar su control mediante el establecimiento de una "nación". A veces encuentran, con suerte que el territorio está habitado por un grupo homogéneo o, por lo menos, por un grupo lingüístico, cultural o racial que parece, una nacionalidad espontánea; pero en otros casos, los más frecuentes, tienen que inventar e imponer una identidad nacional a la fuerza.

El hecho de que la mayoría de los anti-imperialistas del Tercer Mundo hayan optado tradicionalmente por el particularismo nacionalista antes que por la unidad continental o regional, parecería un tanto irracional,

y, lo sería en efecto, si se tratase de verdaderos anti-imperialistas; pero en la mayoría de los casos no se trata de tales. Casi siempre el objetivo de la mayor parte de los "movimientos de liberación nacional" ha sido el establecimiento y la consolidación de la hegemonía de un grupo o clase sobre una población y un territorio específicos. Cuando una clase quiere lograr este objetivo, obviamente debe poner fin, en primer lugar, al control directo que la potencia colonial ejerce sobre el territorio que desea, pero esta "liberación" no tiene por qué ser radical y absoluta. Su límite natural es el logro de un grado de auto-determinación que permita la transferencia de los mecanismos de privilegio social y de dominación económica y política de las manos de los colonialistas a las del grupo o la clase aspirante. A veces, debido a la intransigencia del poder colonial, esta transferencia sólo es posible si una tercera potencia, suficientemente poderosa como para enfrentarse a la potencia colonial, brinda su apoyo a los dirigentes nativos. Así sucedió en las guerras de independencia latinoamericanas, en las que los libertadores obtuvieron grandes beneficios del apoyo económico y logístico de Inglaterra, la rival de España. En otras ocasiones, el poder colonial aceptó, luego de un período más o menos largo de resistencia y de enfrentamientos, establecer un nuevo tipo de relación con los grupos nativos de poder emergentes. Como se recordará, esta es la alternativa que se ha realizado en el proceso de disolución del Imperio Británico. En ambos casos, sin embargo, los resultados son los mismos: el establecimiento de naciones formalmente independientes, lo suficientemente poderosas para mantener un cierto grado de independencia respecto de sus vecinos regionales, pero también lo suficientemente débiles para tener que seguir dependiendo de la tutela de alguna gran potencia con el fin de asegurar su viabilidad económica y su supervivencia en casos de conflictos regionales o de disturbios internos.

En otras palabras, debido a las tendencias de poder de algunos grupos, el anti-colonialismo del Tercer Mundo tiende a degenerar en nuevas formas de dominación. El vehículo principal de esta transformación es el nacionalismo, que, como ideología, resulta

adecuado a los intereses de estos grupos. Podríamos decir que todo este proceso está regido por lo que podríamos llamar "regla del poder relativo", según la cual en cualquier situación en la que haya competencia por el poder, los grupos más homogéneos, con intereses bien definidos, tratan de establecer su hegemonía y el control sobre poblaciones y territorios definidos, en proporción directa a su poder. Obviamente, para comprender la manera en que opera esta regla, debemos tener en cuenta que estos grupos son relativamente conscientes de las limitaciones de su poder y de sus habilidades para imponer el control deseado. Pero es precisamente porque saben que podrán ejercer una voluntad colectiva sólo si se mantienen unidas, que optan por el nacionalismo y renuncian, de esta manera, a abolir el colonialismo en todas sus formas. Los poderes coloniales tradicionales no podrían haber hallado una arma mejor para perpetuar su posición superior en el mundo que la difusión del credo nacionalista.

La adopción de esta ideología se da sobre todo en aquellas regiones en las que la lucha por el poder puede ser ganada por cualquiera de los grupos nativos de poder que cuente con la ayuda de una gran potencia. Algo similar ocurre cuando no es la hegemonía de un grupo, sino la independencia de una nación lo que está en juego. Ambos casos pueden ilustrarse con ejemplos provenientes de la historia reciente de África.

Entre otras cosas, creemos que estas consideraciones señalan la necesidad de revisar uno de los errores más difundidos por ciertas teorías actuales sobre el anti-colonialismo: la de que el neo-colonialismo es una forma de dominio impuesta por la fuerza a los líderes de las naciones del Tercer Mundo. Ciertamente, hay mucho de verdad en la aseveración de que los viejos centros coloniales han hecho uso de todos los medios a su disposición para mantener sus privilegios mediante nuevas formas de dominación, pero esta nueva forma de sometimiento no podría haberse logrado sin la cooperación activa, voluntaria y determinante de las clases dirigentes nativas.<sup>9</sup>

Luego de haber mencionado algunas de las razones que han motivado la atracción del Tercer Mundo por la ideología nacionalis-

ta, debemos ahora concentrarnos en la principal tarea de este ensayo, es decir, en estudiar la manera en que se ha implementado el nacionalismo y en que ha afectado las vidas de miles de millones de personas que se vieron de pronto inmersas en el mundo de las naciones.

Quizás lo más conveniente sea empezar preguntándonos en qué medida la dimensión "democrática" que le hemos asignado al nacionalismo corresponde a las realidades del Tercer Mundo. Es decir, si ha existido alguna forma de democracia en los países del Tercer Mundo donde se ha practicado algún tipo de nacionalismo. Nos atrevemos a decir que la respuesta debe ser un enfático "no". Esto no es sólo un enunciado de hecho, sino, lo que es más importante, una indicación de los límites que el nacionalismo ha impuesto al comportamiento político de los grupos y clases dominantes.

Tomemos el caso de las repúblicas sud-americanas. La guerra de la independencia se realizó de acuerdo con los ideales de la Revolución Francesa. La intención expresa de los libertadores era el establecimiento de repúblicas democráticas basadas en los principios proclamados por la constitución de los Estados Unidos y las constituciones de la Francia revolucionaria. Y, en efecto, se establecieron repúblicas en todo el continente. Las constituciones de muchas de ellas superaron en la letra a las que les habían servido de modelo. Sin excepción, no obstante, todos esos documentos contenían las cláusulas necesarias para hacer inoperante la aplicación de los nobles principios que proclamaban. Se reconocía en principio el derecho a elegir representantes, pero en la práctica se otorgaba únicamente a las personas pudientes o "educadas". Se reconocía el derecho a la libertad de expresión, pero su ejercicio se limitaba, en verdad, mediante la legislación secundaria, a aquellas personas "decentes" y "bien intencionadas", cuyas ideas y acciones no estuviesen encaminadas a quebrantar la paz de la nación. Cuando estas restricciones resultaban ser insuficientes, la constitución era entonces simplemente ignorada.

Lo que queremos señalar es que las clases dominantes latinoamericanas no po-

drían haberse comportado de otra manera, entre otras razones, porque el nacionalismo, tal y como ellas lo concebían y lo deseaban, era incompatible con toda forma real de democracia, aunque no fuera más que una democracia representativa. Nos permitiremos ilustrar este punto con el caso concreto del Perú. Los criollos peruanos tuvieron el dudoso privilegio de ser uno de los primeros grupos que intentó minar los esfuerzos pan-americanistas de Bolívar. Como se ha dicho en investigaciones recientes, su reticencia a aceptar y avalar sinceramente la causa de la independencia se debió, en parte, al temor de perder su posición privilegiada como intermediarios comerciales entre la península y la América del Sur. En una América independiente y unida, la influencia de los criollos peruanos sobre el desarrollo de los acontecimientos hubiera sido proporcional a su poder real, es decir, mínima. Este peligro de marginación se vio agravado por el hecho mismo de que, al adherirse muy tardíamente a la causa emancipadora, no pudieron ocupar cargos de liderazgo realmente importantes en el movimiento patriótico. Para mantener su influencia de grupo tenían que impedir la creación de la Gran Colombia y, más aún, asegurarse el control de un área sobre la cual pudieran ejercer un dominio absoluto. Esta tarea no resultaba simple, pues el territorio que les era más asequible estaba habitado por una población a la que eran ajenos: los indios quechua-parlantes. Los criollos, debido a que eran minoría en los territorios que deseaban controlar, sólo pudieron imponer su hegemonía por medio de un rígido sistema de jerarquización y de dominación interna. Esto, sin embargo, se efectuaba en un contexto de ideas "democráticas" y "republicanas" a las que se adherían formalmente. La solución que encontraron fue la exclusión práctica de los indios de los procesos económico y político. Durante varias décadas, el arma principal para asegurar esta exclusión fue una forma peculiar de discriminación cultural basada en el credo nacionalista según el cual, la población de una nación debe ser lingüísticamente homogénea. En consecuencia, la incorporación de la población indígena a la nación a través de su "castellanización" y "alfabetización", debía preceder a cualquier intento de

concederle el ejercicio pleno de sus derechos políticos. No es sorprendente, por ello, que el requisito previo para obtener la ciudadanía peruana fuese un examen de lectura que, como es de esperarse, era administrado a criterio de los funcionarios de las comisiones electorales, quienes, con su infinita sabiduría, debían detectar a los posibles analfabetos. Mediante este requisito se excluía en la práctica a la mayoría de los peruanos del proceso electoral.

El hecho de que los criollos peruanos se valiesen de mecanismos tan burdos para neutralizar la democracia política en favor del "nacionalismo", se debió únicamente a su compromiso con el liberalismo político. Los nacionalistas modernos del Tercer Mundo están menos presionados, en este sentido, pues pueden acogerse al marxismo-leninismo, que rechaza expresamente el liberalismo como una forma reaccionaria y apoya a las elites protectoras de los intereses populares. Así, los nacionalistas de nuestros días pueden ser, a la vez, dominadores y "progresistas". Al igual que los viejos grupos de poder, los nuevos parten también de la suposición de que la población de sus países es atrasada, incivilizada, etc. y que, en consecuencia, no se puede confiar a las "masas" la tarea de reconocer sus verdaderos intereses y los de sus "naciones". Esto, según ellos, debe ser encomendado temporalmente a las minorías ilustradas, conocedoras de las "necesidades" de sus naciones y capaces de ver más allá de los intereses "locales". El gobierno de las minorías puede así adoptar legítimamente la forma de una dictadura que, supuestamente, es representativa de los intereses nacionales.

En todos los casos, el nacionalismo opera no como una doctrina liberadora, sino como una ideología de la opresión, y esa es precisamente la razón por la que es incompatible con el establecimiento de una verdadera democracia, entendida como la participación completa de todos los miembros de la comunidad en el proceso de toma de decisiones. Resulta, pues, un grave error, que sin embargo es frecuentemente repetido, el atribuir al nacionalismo una dimensión liberadora. Los argumentos tradicionales de ciertos teóricos marxistas sobre la posibilidad de concebir el nacionalismo como un paso hacia la



revolución socialista se basan, en el mejor de los casos, en un defectuoso conocimiento de los hechos, y, en el peor, que es lo más frecuente, en una confusión deliberada de los objetivos del socialismo.<sup>10</sup>

Hemos visto cómo el deseo nacionalista de conseguir una población "homogénea" impide el establecimiento de una verdadera democracia. Esto sucede, especialmente, en las sociedades en las que la población es lingüística, cultural, religiosa o étnicamente heterogénea. Pero, en los países en los que la población es más bien homogénea, ¿debemos pensar que también allí la democracia y el nacionalismo son necesariamente incompatibles? La respuesta, de acuerdo con lo que hemos señalado, es claramente afirmativa. La única diferencia es que en estos casos los conflictos entre el grupo dominante y los demás grupos sociales se presentan como una verdadera "lucha de clases". Esto es lo que sucede en los países latinoamericanos, árabes y africanos en que casi no hay problema de "minorías". Podemos decir, por lo tanto, que la incompatibilidad entre nacionalismo y democracia es de naturaleza estructural en el Tercer Mundo, ya que en todos los casos el nacionalismo es adoptado como un medio para legitimar los deseos de un grupo de imponer su control sobre la población, el territorio que habita y sus recursos. La única diferencia entre el grupo dominante nativo y el colonial es que el primero intenta presentarse como parte de la población nativa. La retórica nacionalista, no lo olvidemos, sólo pretende establecer los límites de las zonas en las que distintos grupos de poder compiten entre sí para establecer su hegemonía.

La democracia representativa moderna, debemos recordarlo, se basa en una peculiar forma de individualismo. Resulta, pues, completamente opuesta a las características básicas de las clases dominantes del Tercer Mundo, cuyo ejercicio del poder se basa en su calidad de clase. El nacionalismo les sirve, por ello, solamente para definir a los subordinados, es decir, al grupo de gentes sobre el que creen que tienen un derecho "natural" basado en una legendaria identidad "nacional" entre dominantes y dominados. Las instituciones democráticas no pueden prosperar allí donde los derechos son atribuidos

a las clases, antes que a los individuos, pues lo contrario amenazaría a la existencia misma de las clases dominantes.

Si analizamos la segunda característica del nacionalismo, el centralismo, notaremos inmediatamente que también corresponde perfectamente a los intereses de los grupos dominantes. Debido a la naturaleza antidemocrática de su gobierno, la centralización adecuada para los intereses de estas clases debe ir más allá de la mera burocratización de sus sociedades, es decir, de la creación de una administración vertical con opción para intervenir en todas las decisiones más importantes. Además es necesario que la burocratización incluya todos los mecanismos de poder. Esta burocratización extrema es totalitaria en esencia y, en consecuencia, incompatible con el desarrollo realmente autónomo de cualquier organismo social, cultural o político. En lo económico, conduce a algunas formas de estatismo. No es nada sorprendente que ni el capitalismo ni la democracia representativa hayan podido desarrollarse apreciablemente en el Tercer Mundo. Pero si las cosas mismas no sirven a los intereses de los grupos hegemónicos del Tercer Mundo, sus imágenes o sombras sí les sirven, y por ello el nasserismo aparece como una de las formas más logradas del nacionalismo tercermundista. La democracia aparece como un gobierno de partido único y el capitalismo asume la forma de capitalismo de estado.

La centralización y la unificación son las dos características principales del nacionalismo que sirven a las clases dominantes para consolidar su dominio interno, pero en el terreno internacional emplean el llamado derecho a la "autodeterminación" para defender sus intereses. Como es bien sabido, el derecho a la autodeterminación es una de las derivaciones más importantes de la doctrina moderna de la soberanía. Y, en efecto, los diplomáticos provenientes de las clases dominantes del Tercer Mundo no se cansan de insistir en esta doctrina en los medios internacionales. Además hacen hincapié en dos principios que el nacionalismo ha asociado con la noción de autodeterminación: el principio de no-intervención y la doctrina de la igualdad de los estados. Esta última noción es, por razones obvias, un elemento constitutivo esen-

cial del nacionalismo y ha sido rápidamente adoptado por los nacionalistas del Tercer Mundo porque significa la aceptación legal de la independencia política de sus países. Todo esto pertenece también, sin duda, al terreno de la ficción legal, sobre el que se basan estos nacionalismos. Pero para las clases dominantes del Tercer Mundo el primer principio es más importante, como lo atestigua el hecho de que lo defienden ardorosamente cada vez que es necesario.

Esto es perfectamente comprensible, pues, como hemos visto, las naciones pequeñas y "subdesarrolladas" carecen de los medios necesarios para preservar su independencia. Por ello, el principio de no-intervención tiene un significado especial para sus líderes, que ven en él un elemento protector. Ciertamente, es extraño que estos grupos que ni siquiera pueden controlar los mecanismos económicos de sus países quieran aparentar independencia, pero esta práctica, aparentemente incoherente, empieza a ser comprendida si tenemos en cuenta la distinción entre asuntos internos y externos de los estados, que es otra de las características de la doctrina nacionalista. La no-intervención se refiere, simplemente, a los asuntos "internos" de los estados, lo que implica, en términos reales, que los otros estados se abstendrán de intervenir cuando las clases dominantes de una nación actúan en defensa de sus intereses dentro de la esfera de influencia que les ha sido reconocida por acuerdos escritos o tácitos, convenciones, entendimientos y otras formas del derecho internacional. Especialmente en relación con las grandes potencias y los estados vecinos, un estado determinado puede confiar en que esos acuerdos serán cumplidos mientras no ocurran cambios estructurales significativos dentro de sus fronteras.

Este hecho, con mayor claridad que ningún otro, señala el verdadero significado y las limitaciones del principio de no-intervención, ya que, al fin y al cabo, los acuerdos en los que se basan las relaciones internacionales son entendimientos entre grupos dominantes. Así, las grandes potencias respetarán el principio de no intervención en sus relaciones con aquellas clases que han definido sus intereses y sus esferas de influen-

cia, pero que, sin embargo, están dispuestas a aceptar "intervenciones", directas o indirectas, en algunos aspectos de la vida de sus naciones que no afectan directamente a sus intereses básicos. Por ello, no debe llamarnos la atención si una oligarquía terrateniente considera que la soberanía de su nación no es afectada por las acciones de una gran potencia, hasta que ésta no empiece a favorecer la realización de una reforma agraria. Tal ha sido y, hasta cierto punto, sigue siendo el caso de las relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina. Las oligarquías terratenientes nunca se resintieron por el hecho de que la incipiente industria de sus países y la producción minera estuviesen en manos del capital extranjero. Descubrieron el "imperialismo" cuando los Estados Unidos, motivado por sus propios intereses regionales, comenzó a favorecer la redistribución de la propiedad agraria.<sup>12</sup>

No debe pensarse, sin embargo, como ingenuamente se hace a menudo, que las condiciones que implica el principio de no-intervención son impuestas a la fuerza a las clases dominantes del Tercer Mundo, ya que mientras tengan el control del estado, garantizado por el principio de no-intervención, esas clases tienen mucho que ganar y poco que perder al establecer cierta forma de sociedad con las grandes potencias para la explotación de los recursos de sus naciones. Tomemos como ejemplo, nuevamente, el caso latinoamericano. Las oligarquías terratenientes permitieron que los intereses extranjeros controlasen las operaciones mineras de sus países. Ciertamente la empresa era más favorable para los inversionistas extranjeros, pero el control que ejercían sobre el estado y, en consecuencia, sobre los mecanismos impositivos, permitía a las oligarquías participar en las ganancias sin arriesgar nada. La no-intervención y la soberanía del estado son, por eso, dos principios fundamentales para las clases dominantes del Tercer Mundo pues significan el reconocimiento internacional de sus esferas de influencia y de su derecho a controlar los gobiernos de sus países.

C/ Las alternativas al nacionalismo  
Lo dicho no deja lugar a dudas sobre la adecuación de la ideología nacionalista a los in-

tereses de las clases dominantes del Tercer Mundo. Es claro que esta ideología no fue adoptada simplemente porque estuvo de moda en Europa en determinado momento, sino porque era el medio apropiado para legitimar y consolidar el poder de determinados sectores del Tercer Mundo sobre los territorios y las poblaciones de su país. Pero el nacionalismo y sus concomitantes principios unificadores son los peores medios para afrontar los diversos problemas que existen en todas y cada una de las manifestaciones de la vida en el Tercer Mundo y para promover la verdadera emancipación de sus pobladores. El precio que se ha pagado y que se pretende seguir pagando para hacer caber esa grandiosa diversidad de la realidad de nuestros países en los limitados moldes de una "nación", es necesariamente alto. Debería ya resultar obvio a cualquier persona que analice las tendencias de la escena contemporánea que el costo de mantener la separación de naciones mientras crece la población y se multiplican sus necesidades, aumentando así las presiones sociales y económicas, es cada vez mayor. Pero, por otro lado, es fácil darse cuenta que el cambio del sistema de naciones a un nuevo orden global sólo puede lograrse a costa de grandes sacrificios y produciendo un desorden político y social sin precedentes. La magnitud exacta de esas convulsiones no puede ser predicha, pero el número de personas que se verán afectadas bien podría hacer de este proceso la más profunda transformación experimentada por el hombre hasta hoy.

Revisemos ahora brevemente algunos de los elementos que probablemente jugarán un papel importante en la transformación del sistema de naciones, así como algunas de las alternativas posibles.

Nuestra conclusión más importante hasta el momento es que la gran mayoría de los habitantes del Tercer Mundo no se benefician en nada con la perpetuación del orden actual. Al fin y al cabo, no fue establecido a favor de ellos, sino contra ellos; no para liberarlos, sino para imponerles nuevas formas de dominación. Esto resulta aún más evidente si tenemos en cuenta que la pérdida de los derechos políticos y la unificación forzada no son los únicos males que recaen sobre la mayoría de la población del Tercer

Mundo, sino que a ellos se suma la creciente y cada vez más extrema pobreza. Como regla, podemos establecer que cuanto menor es el territorio de una nación, tanto menor será su participación en los recursos y la riqueza del mundo.

Esto significa, en términos prácticos, que los habitantes de las naciones más pequeñas deben arreglárselas con los escasos recursos de sus países, reduciéndose, de este modo, las posibilidades reales para mejorar su nivel de vida y limitando su influencia a nivel mundial. Obviamente, hay algunas excepciones, como el caso de aquellas naciones pequeñas que han asumido una función parasitaria dentro del sistema económico mundial. Ejemplos de este tipo son naciones como Suiza y los países productores de petróleo. Estas naciones deben su situación de privilegio al hecho de que desempeñan una función particular en la economía del mundo: la de servir de centros financieros. Esta condición, sin embargo, es precaria, pues depende de la posesión del monopolio de un servicio o de una mercancía que, por el momento, tiene gran demanda en el mercado internacional. Su posición, además, no es del todo estable, pues hay la tendencia a ser considerados usurpadores por las grandes potencias, de modo que, paradójicamente, su riqueza sirve sólo para resaltar su vulnerabilidad.

En las naciones más grandes y más pobladas, inclusive en aquellas que cuentan con abundantes recursos naturales, los obstáculos y las limitaciones que impiden el mejoramiento de las condiciones de vida de las mayorías son políticos y sociales, más que naturales. Pero no por ello son menos efectivos. El problema en esos casos es que la explotación y el total aprovechamiento de los recursos de esas naciones implicaría la abolición de los privilegios de las clases dominantes. Los esfuerzos en beneficio de la mayoría de la población colocarían a las clases dominantes en una situación ínfima. Conscientes de esto, estas clases han actuado de dos maneras para conservar su posición. La primera de ellas puede ser adecuadamente ilustrada con el caso del Brasil, donde la mayoría de la población, en efecto, ha sido marginada, es decir, excluida de toda participación significativa en la vida nacional. Esto

se logra a través de un complejo sistema de medidas encaminadas, simultáneamente, a asegurar la utilización y el desarrollo inorgánicos de los recursos de la nación y a otorgar el pleno control de la riqueza generada por ese "desarrollo" a las clases dominantes. En las naciones donde este juego ya no es posible, las nuevas clases hegemónicas o algunos sectores de las viejas clases presionarán para que se realice una "revolución", cuyo precio será una serie de concesiones a las clases tradicionalmente marginadas que producirán un mejoramiento parcial y relativo de sus condiciones de vida. Pero, al mismo tiempo, las nuevas clases dominantes exigirán invariablemente, a cambio de estas concesiones, el control monopólico de los mecanismos de poder. El carácter "totalitario" de los regímenes "revolucionarios" del Tercer Mundo no es, por lo tanto, un fenómeno extraño, sino la consecuencia inevitable de determinados hechos. En una nación con grandes recursos, una pequeña minoría puede mantener su hegemonía únicamente mediante el control absoluto de todos los procesos sociales y económicos y, más aún, éste sólo podrá ser mantenido si esos procesos se mantienen relativamente estáticos. Es una ilusión, por lo tanto, esperar, por ejemplo, que los líderes de la Unión Soviética se comprometan con un programa para "modernizar" y "desarrollar" la economía. Los de China, por otro lado, tendrán que abandonar su política modernizante tan pronto satisfagan sus necesidades militares, porque ellos saben mejor que nadie que proseguir la modernización hasta sus últimas consecuencias minaría la base de su poder y los obligaría a abandonar su posición tarde o temprano.

El carácter fingido de las "revoluciones" del Tercer Mundo que pretenden limitarse a naciones pequeñas es aún más notorio. Las razones de esto ya han sido discutidas en parte y resultan obvias. Allí donde no hay recursos, no se puede producir nada por medios exclusivamente sociales; y donde los recursos son limitados no podrán ser ampliados, a pesar de cualquier intento. Por eso, cada vez que nos encontremos con un grupo que se autotitule "revolucionario" en el Tercer Mundo y que desee hacer la revolución en una nación pequeña, será neces-

rio averiguar si es nacionalista. Si el resultado es afirmativo, debemos cuestionar el carácter "revolucionario" de sus acciones y de sus intenciones. La única manera de ser revolucionario en el Tercer Mundo es favoreciendo la reestructuración total del actual ordenamiento territorial.

Pero ¿cómo puede lograrse la abolición de las fronteras? y ¿qué debe sustituir al presente orden? Estas son preguntas difíciles que, obviamente, no podemos intentar responder ahora. Quisiéramos, sin embargo, hacer algunas sugerencias.

Quizás no haya un ideal más puro, ni una aspiración más noble que el viejo sueño de crear una única comunidad humana. Pero el momento en que esto sea posible parece muy remoto, ya que las distintas formas de tribalismo, de provincialismo y de exclusivismo, así como los intereses creados de los grupos y naciones que conspiran conjuntamente contra el logro de este ideal, son todavía demasiado poderosos. Un estado universal no puede estar compuesto por gentes que sean más conscientes de las diferencias que las separan que de aquello que las iguala. Tampoco puede incluir grupos cuyos intereses y compromisos vayan en contra de la mayoría. La comunidad universal será factible cuando la palabra "hombre", en su sentido más genérico, deje de ser una mera abstracción e implique el respeto incondicionado por cada uno de los individuos. Sin embargo, hasta filósofos sumamente ilustrados y con fama de humanistas como J.P. Sartre, encuentran improbable que una persona pueda sentir real simpatía por alguien que sufre a gran distancia. Nuestra generosidad, según Hume, continúa siendo limitada y alcanza apenas a nuestros vecinos inmediatos.

Así, con las terribles limitaciones que nos imponen las circunstancias, consideremos cuáles pueden ser las alternativas para un mundo cuyo ordenamiento sea distinto al actual. En el caso del Tercer Mundo, la regla para decidir la unión o la alianza de determinados territorios y poblaciones, se basa en dos factores: 1. la extensión del territorio y la existencia de recursos necesarios que garanticen la viabilidad de esta nueva entidad política y, 2. la resistencia o la disposición de las poblaciones en cuestión para asociar-

se entre sí. Este último factor es, en gran medida, dependiente de las relaciones de poder a nivel mundial. Es decir que el tamaño de estas nuevas entidades políticas no depende únicamente de los recursos de que dispongan, sino también del poder de las entidades políticas vecinas y lejanas con las que tendrá que competir y cooperar. El segundo factor, por otro lado, es sumamente delicado, porque la disposición de las gentes a asociarse dependerá en gran medida de los odios y preferencias producidos por los rezagos de las "nacionalidades espontáneas", los intereses de clase prevalecientes en cada área y también los sentimientos generados por el largo período de existencia de naciones. Este último elemento no debe ser olvidado, a pesar de lo que hemos dicho, especialmente en los casos de las naciones que han logrado un alto grado de unificación de sus poblaciones. En aquellos lugares donde exista una fuerte resistencia a la integración en nuevas entidades políticas, la única esperanza para poder crear éstas dependerá de un cálculo de intereses. Pero las entidades creadas en estas circunstancias poseerán un grado ínfimo de cohesión interna y, por lo tanto, serán débiles, pues, como es sabido, ese es el destino de todo aquello que se basa exclusivamente en la coincidencia de intereses.

Pero, aun suponiendo que sea posible superar esta resistencia, surge la necesidad de plantear qué tipo de entidades deben ser creadas en el Tercer Mundo para reemplazar a las naciones. El mero interés, como han señalado casi todos aquellos que han teorizado sobre asuntos políticos desde la Antigüedad, no es una fuerza capaz de crear por sí sola una férrea unidad política. Pero, por otro lado, insistir en los principios de unidad que sirven de base al nacionalismo resultaría contraproducente. Se requiere, por lo tanto, un unificador social que pueda ser aplicado a distintos grupos humanos, sin por ello destruir su diversidad como lo hace el nacionalismo. Este principio deberá ser flexible y, sobre todo, democrático; es decir, debe favorecer la participación de todos los grupos comprometidos en el proceso de formación de un estado en cada cosa que sea

de interés general. Obviamente, de estas formas de asociación supra-nacional deben ser excluidos los grupos que hemos denominado dominantes, que, por definición, poseen intereses reñidos con cualquier modo de participación democrática y universal.

Para cumplir con la tarea de preservar la diversidad de los grupos, el principio de integración no debe intentar que éstos sean homogéneos. La unidad, la cohesión y el sentimiento de comunidad indispensables para la subsistencia de una formación política sólida deberán lograrse tras un largo proceso de interacción. Por ello, la verdadera unidad debe concebirse como una realidad del futuro y no del pasado, como la piensa el nacionalismo.

Si echamos una mirada a la historia, lo más próximo a este principio que podemos hallar es el "federalismo" tal como lo han definido algunos pensadores, especialmente anarquistas, en el pasado. Es precisamente en la adopción del federalismo que radica la única esperanza inmediata de liberación para los países del Tercer Mundo. Pues, aunque el federalismo no es suficiente para generar una comunidad universal, puede servir de base para la integración de importantes áreas del mundo y, en el caso de la América Latina, de todo un continente. De esta manera es posible establecer entidades políticas capaces de afrontar como iguales a las grandes potencias ya existentes. En todo caso, nos parece que lo más importante es comprender que no puede haber una liberación "nacionalista", y que la única esperanza para los habitantes del Tercer Mundo de alcanzar cierta independencia y mayor libertad depende de su capacidad de superar y escapar de las limitaciones nacionalistas.

Un mundo de "federaciones" y "confederaciones" no será necesariamente un mundo pacífico, pero al menos estará libre de muchas de las tensiones sociales, económicas, culturales y políticas, que hoy nos rodean y que hacen la situación actual tan inestable. Es necesario, por lo tanto, que aquellos que se preocupan por el futuro del Tercer Mundo tomen conciencia de la importancia que puede tener la aplicación del federalismo.

## NOTAS

1/ M. Albertine, "L'idee de nation", en M. Albertine et al., **L'idee de nation**. Paris: P.U.F., 1969.

2/ Cf. C.J.H. Hayes, **The Historical Evolution of Modera Nationalism**. New York: Richard R. Smith, Inc., 1931.

3/ Ver S. Amin, **The Arab Nation. Nationalism and Class Struggles** London: Zed Press, 1978, pp. 81 y siguientes.

4/ AM. Albertine, *ibid.*, p. 13.

5/ La dimensión "democrática" del nacionalismo ha sido resaltada por más de un autor. Ver en este sentido el clásico de Hans Kohn, **The Idea of Nationalism: A Study in its Origins and Background**. New York: MacMillan, 1944. El libro de Víctor Alba sobre el fenómeno nacionalista en la América Latina insiste mucho en este punto y, en cierta manera, su tesis central depende de ello. Cf. **Nationalists Without Nations. The Gligarchy versus the People in Latin America**. New York: Frederick A. Praeger, 1968.

6/ Ver Elie Kedourie, **Nationalism in Asia and Africa**. New York: Meridian Books, 1970. Introducción, pp. 1-152. Para una discusión más general del nacionalismo por el mismo autor, cf. su **Nationalism**. New York: Frederick A. Praeger, 1967.

7/ Kedourie, *ibid.*, pp. 2 y siguientes.

8/ Esto de alguna manera contribuye a explicar la actual popularidad de esta doctrina. Sin embargo, como en el caso del nacionalismo, para comprender plenamente la razón por la cual son tantos los que se aferran al marxismo-leninismo en el Tercer Mundo, es menester tener en cuenta las ventajas políticas y las recompensas que esa doctrina ofrece

a sus adherentes. Obviamente, la ventaja más importante es la legitimación del ejercicio absoluto del poder, con la que sueñan las minorías revolucionarias ilustradas.

9/ El estudio de algunas de las formas en que esta extraña sociedad ha operado y opera en América Latina es lo que hace del libro de V. Alba antes mencionado (ver nota 5) una contribución interesante al análisis de estos problemas. El libro tiene, sin embargo, serias debilidades particularmente en lo que se refiere al estudio de la lucha de clases en la América Latina y la explicación de la política norteamericana en esta área.

10/ Para un estudio de los puntos de vista marxistas sobre el nacionalismo, cf. Horace B. Davis, **Toward a Marxist Theory of Nationalism**. New York: Monthly Review Press, 1978. Este libro interesa sobre todo por su exposición de las diversas teorías marxistas sobre el nacionalismo. A pesar de su ambicioso título, las contribuciones originales del autor a los puntos de vista tradicionales del marxismo son muy modestas. Sobre estos asuntos es realmente importante el libro de Silviu Brucan, **La disolución del poder**. México: Siglo XXI, 1974. Brucan sostiene que el nacionalismo es un elemento fundamental de los procesos revolucionarios contemporáneos.

11/ El mejor estudio que conocemos sobre las limitaciones y desventajas de los estados pequeños es el libro de David Vital, **The inequality of States**. Oxford: Claredon Press, 1967.

12/ Cf. V. Alba, *ibid.*, nota 5.